

¿Quién era la Heroína?

Incidente que me fue relatado por la Srta. Amalia Méndez, quien ha hecho de su profesión de enfermera un verdadero apostolado de amor.

Mientras chapoteaba en el agua inmundada que corría por la calle, y daba cada paso con sumo cuidado para no resbalar, pensaba yo: "¡En qué me vine a meter!"

Miré las veredas desiertas. Ni un alma a la vista. Y por la calle, que a esa hora se veía como un río turbio, pasaba roncando uno que otro coche, procurando evitar los baches que se adivinaban bajo los remolinos formados por el agua. Algunos vehículos, al llegar cerca de mí mientras procuraba cruzar la calle, se detenían un instante y, bajo la lluvia que arreciaba, se daban vuelta trabajosamente en busca de otro camino, ya que ese tramo se adivinaba intransitable.

"¿Seré yo la única persona de tan poco juicio que se arriesga a salir a la calle con esta lluvia torrencial y estas descargas eléctricas que me cortan la respiración de miedo?"

Allí estaba, intentando cruzar el torrente que me llegaba casi hasta las rodillas. Pero, cada vez que metía el pie en el agua era tal la fuerza con que ésta corría, que yo no podía guardar el equilibrio. ¡Qué cuadro! En una mano el paraguas, y en otra el estuche de la jeringa hipodérmica y el tensiómetro, recorría una, dos, tres, y más cuerdas, sin encontrar un paso. Y la angustia subía de punto. ¡Tenía que cruzar a cualquier costo! Allí, en la acera del frente, en esa casita humilde me esperaban, y pronto.

Una hora antes, cuando comenzaba a llover -en el ambiente cálido de la cocina estaba a medio saborear el almuerzo-, una llamada angustiosa me hizo correr a la puerta:

-Señorita, por favor venga, que abuelita se descompuso y la llama. Era María Angélica, una niña de familia modesta a quien había ayudado en otras ocasiones.

Mientras me calzaba las botas, me ponía el piloto y descolgaba el paraguas con la mayor rapidez posible, le pregunté:

-¿Qué le pasó?

-No sé, tiene un ataque. Casi no puede hablar, pero en lo poco que se le entiende, oímos que la llamaba a Ud.

-¿No llamaron al médico?

-Sí, papá fue a buscarlo; pero hasta que llegue no sabemos qué hacer.

Me imaginé la escena. Más que caminar corrimos en medio de relámpagos, truenos y goterones.

Pobrecita; con voz entrecortada por el apuro y la aflicción me iba relatando sus momentos de angustia, esos que ocurren en tantos hogares sin que a veces nadie se percate, ni se interese en saber.

Llegamos. La abuelita presentaba un cuadro tal cual me lo temía y suponía. La madre de María Angélica lloraba, esforzándose por dominarse.

Hice lo mejor que pude con la ancianita, calentándole los pies, acomodándola y alentándola hasta donde parecía comprenderme, y mientras esperábamos al médico le tomé la presión arterial, la temperatura y demás.

-¡Qué alivio, llegó el médico! -suspiré.

De un vistazo se dio cuenta de la triste realidad. Le hizo luego una revisión minuciosa y recetó varios medicamentos. Le administró inmediatamente uno que llevaba consigo, y dijo:

-En cuanto consigan la receta le aplican esta inyección.

Dio algunas recomendaciones más, y se fue.

-Voy a buscar una farmacia que esté de turno -dijo el padre de María Angélica.

-Un momento -observé-; esta medicina inyectable la tengo en casa, casualmente. Hasta que la consigan de la farmacia (a esa hora casi todas estaban cerradas) podemos salir del apuro.

-Bueno, está bien -dijo el señor Rodríguez-. Yo corro en busca de alguna farmacia de turno mientras Ud. trae una de su casa, ya que tiene.

-Sí -los tranquilicé-, voy volando en busca de la jeringuilla y el remedio, y vuelvo en seguida.

Salimos. Todavía se podía cruzar la calle, y debía apresurarme antes que se formara el río inmundado.

Las nubes negras parecían tocar la tierra. Por un instante me recorrió el cuerpo un escalofrío que me hizo encoger, pero luego mi pensamiento atravesó las nubes y la tormenta. Sabía que Dios me observaba, y que

él podía protegerme de todo peligro. Para él era tan fácil guardarme en medio de esa tormenta, como todos los días me salva de innumerables daños. El Sr. Rodríguez me ayudó a llegar a la vereda opuesta, y se fue en procura de una farmacia abierta. Yo proseguí hacia mi casa. Doce cuadras debía recorrer entre ida y vuelta para encontrarme de nuevo frente al agua que me separaba de la casita donde me esperaban. Era un torrente pardo oscuro que arrastraba maderas, plantas, animales muertos, botellas, latas y todo lo que contiene un basural. ¡Y yo tenía que vadearlo, y pronto! Rogué:

-Señor, tú sabes que me necesitan. ¡Ayúdame a cruzar!

Levanté la vista, y vi acercarse algo que, más que un camión, parecía una lancha, por el ímpetu con que desplazaba el agua. ¡Y cómo rugía el motor! Pensé: "Si ésa es la contestación a mi ruego, el conductor me verá y cruzará la calle sin que se lo pida."

Al enfrentarme, el chofer bajó el vidrio de la ventanilla, asomó la cara, y al ver mi apuro, dijo:

-¿Quiere que la cruce? Espere que dé la vuelta, porque de este lado no puede subir.

Por un instante pensé en todos los asaltos y raptos que se suceden cada vez con más frecuencia en las grandes ciudades, pero luego deseché la idea y pedí perdón a Dios, siendo tan visible la respuesta a mi necesidad. El hombre maniobró su tremendo vehículo, lo arrimó a la vereda, y me metí en la cabina chorreando agua. Me avergoncé:

-Le mojaré el asiento; no puedo evitarlo.

-Oh, no importa; más mojado está afuera -bromeó.

-Acepto su bondad porque debo llegar a esa casita con urgencia. Una enferma me espera. Le agradezco de todo corazón, señor. No sé cómo me hubiera arreglado sin su ayuda.

-No es nada. Ha sido un placer. Que le vaya bien, señorita.

Cumplí felizmente con todo lo que el médico había indicado, viendo al fin aliviada a la enferma y a sus familiares. Esa tarde, cerrada ya la noche, tuve que cruzar por cuarta vez la misma calle, y al regresar a casa, en medio de la persistente lluvia, con frío, en medio del lodo, de nuevo me asaltó el mismo pensamiento: "¿Será posible que los centenares de familias que forman este vecindario, estén recogidos en sus hogares, cómodos y abrigados, mientras yo, como una tonta, corra de acá para allá, 'por amor al arte', sin ganancia de ninguna especie, por contestar el llamado de una ancianita enferma? Y al fin, ¿cuánto podré hacer yo para cambiar su situación?"

Entonces, como escritas con letras de fuego "vi" las siguientes hermosas palabras que muchas veces me alentaron: "Pasarás por este mundo una sola vez. Por lo tanto, cualquier bien que puedas hacer, cualquier bondad que puedas demostrar a un ser humano, hazlo ahora. No lo difieras, ni lo descuides, pues no pasarás por este camino otra vez." Y seguí dialogando conmigo misma: "Tengo muchos motivos para obrar así. Siento esta vocación; por eso la escogí. ¡Ay de mí si no cumpliera con amor y devoción este deber humano!"

Y entonces surgió en mi mente una imagen, allí mismo, en la calle oscura e inmundada. Yo la vi como la había visto muchísimas veces. Crecí recibiendo su ejemplo digno de imitar. Ejemplo de abnegación y servicio al prójimo. Y las raíces que plantó en mi corazón no quiero que nada ni nadie las arranque. Quisiera ser como ella.

Me parece verla aquella noche cuando yo tendría sólo siete años y la numerosa familia se disponía a dormir. Ya los niños habíamos observado impresionados la soberbia tormenta cargada de electricidad, viento y lluvia. Bajo la galería de la casa de campo, a la luz de los relámpagos, mirábamos los campos inundados que nos rodeaban, como un inmenso espejo líquido.

-A la cama, a la cama -nos urgió mamá.

-Es temprano todavía; déjanos mirar un poco más la tormenta.

-No, ya es hora de acostarse; además, bien saben lo peligroso que es estar afuera cuando caen tantos rayos. ¡Vayan adentro!

En ese momento, el estruendo de un rayo nos dejó mudos y pálidos a todos.

-¿Dónde habrá caído? -se atrevió a preguntar alguien.

-Donde sea, vayan a la cama -ordenó mamá-; ¿vieron el peligro que trae esta tormenta? Corrimos todos, con la excitación propia de los que gozan y al mismo tiempo temen algo de tal magnitud. No bien estuvimos bajo las frazadas, disfrutando la tibieza de la cama en esos breves momentos antes que nos venciera el sueño, oímos: ¡Clap, clap, clap! Y seguidamente:

-Con permiso. Por favor, señora Adela, en casa cayó un rayo que echó por tierra a papá, a mamá y a Nilda, la cual está muy mal. Le sale espuma por la boca y parece que se muere. No sabemos qué hacer. ¿Puede venir a ayudarnos?

Era la voz agitada de un vecino nuestro, todavía adolescente. Le costaba hablar. Había corrido más de un kilómetro en medio del barro y la tormenta, y tenía la cara pálida como un muerto.

Los chicos saltamos de la cama al oír esto. La curiosidad y excitación nos vencía:

-¿Qué pasó, qué pasó, Goyo?

-¿Irás, mamá, con esta lluvia?

-Tranquilos todos. Vuelvan a la cama. Nadie necesita afligirse. Goyo me acompañará y los ángeles nos cuidarán.

Goyo se sentó un momento a descansar mientras mamá se preparaba para afrontar la tormenta espantosa: capa, botas, linterna, y un palo fuerte que hiciera de báculo para no caer en el lodo.

Goyo era fuerte y robusto, pero mamá... ¡tan pequeña y frágil! Su fortaleza residía en su voluntad, decisión y perseverante amor por todos.

Aunque yo era niña, sabía a qué se exponían, mayormente mamá, que sufría diversas dolencias, las que olvidaba cuando otros requerían su atención. Y eso ocurría con mucha frecuencia...

Los vimos salir tragados por la oscuridad y el vendaval. Quedamos con el corazón en suspenso, y elevamos una fervorosa oración. Rendida, al fin me dormí. No los oí regresar. Cuántas horas pasaron, no lo sé; pero una buena parte de la noche mi madre hizo cuanto estaba a su alcance y en su conocimiento, hasta que vio volver la vida y el bienestar en el hogar afectado. Según nos relataron luego, el viaje de ida fue tremendo: los rayos caían alrededor de la pareja indefensa, como si fueran saetas. Mamá resbaló muchas veces, pero volvía a correr. La lluvia, cerrada como un cortinado, impedía ver el sendero, a pesar de la luz de la linterna. En realidad, los relámpagos les indicaban mejor el camino. Había trechos tan inundados, que era como si cruzaran pequeños lagos. Pero ellos seguían sin demora, con angustia, por socorrer a los que estaban en peor situación que la suya. No, no era una pareja indefensa. No marchaban solos. Y ningún rayo mortal podía dañarlos. Esa era la confianza de mi madre.

Con este recuerdo que infunde anhelos de emulación, ¿podía sentirme víctima o heroína? Y no fue éste el único que se me presentó vívidamente a la memoria, en esa tarde invernal...

También aquella ocasión cuando esa frágil mujer, acompañada sólo por un hombre afligido, la vida de cuya esposa peligraba, allá, a más de una legua de distancia, tuvo que cruzar a media noche, en un botecito, un arroyo desbordado y torrentoso, y llegó a tiempo para ayudar a salvar la vida de una madre de once hijos. Y luego de pasar la noche con ella regresó para reanudar las innumerables tareas propias del hogar...y cuando nos dejó solos, haciéndonos mil recomendaciones, y pasó el día entero al lado de un niño intoxicado y moribundo, hasta verlo libre de peligro... y cuando llevó a nuestra casa, para cuidar mejor de él, a un pobre niño atacado de paludismo, conociendo el peligro que representaba para sus propios hijos. Y fue tan cuidadosa que a ninguno se le transmitió la temida fiebre... y cuando el médico de la amplia zona la felicitó por su acertada actuación en muchos casos, y ella con humildad atribuyó toda la honra a Dios que le dio sabiduría y amor.

¿Podría ella, mi madre, aprobar un desaliento mío, aunque fuese leve? ¿Vería como tal lo que yo llamaba "sacrificio"? Ante ese ejemplo de abnegación, ¿no era una vergüenza compadecerme de mí misma?

Ella ya no está para reprobar o aprobar mi vida de sencillos servicios al prójimo, pero los principios de amor y desinterés que inculcó en mi vida, por su prédica y su ejemplo, me guiarán siempre. Y pareceme oír su voz, en uno de esos momentos difíciles: "Muy bien, hija; hay Uno que lo ve todo. ¡Es tan corta la vida! Úsala en bien del que te necesita, y jamás te pesará".